

— LAS —  
**CINCO  
MUJERES**

---



**LAS VIDAS  
OLVIDADAS  
DE LAS  
VÍCTIMAS DE  
JACK EL  
DESTRIPIADOR**



**HALLIE  
RUBENHOLD**

---

Un exhaustivo y contundente trabajo de investigación histórica, sobre la misoginia que ha alimentado el mito de Jack el Destripador. Polly, Annie, Elizabeth, Catherine y Mary-Jane son famosas por lo mismo, aunque nunca se conocieron entre ellas. Ellas eran de Fleet Street, Knightsbridge, Wolverhampton, Suecia y Gales. Compusieron baladas, regentearon cafeterías, vivieron en fincas, respiraron el polvo de la tinta de las imprentas y escaparon de traficantes de seres humanos. Lo que sí tuvieron en común fue el año 1888. El año de sus asesinatos. Su asesino jamás fue identificado, pero el nombre creado para él por la prensa se convirtió en un nombre mucho más famoso que cualquiera del de alguno de estas cinco mujeres. Durante más de un siglo, la prensa nos ha explicado que «el Destripador» atacaba principalmente a prostitutas. No solo es que no sea cierto, como historiadora, Hallie Rubenhold ha descubierto y nos cuenta las historias reales de estas fascinantes mujeres. Y ahora, en este relato revelador, la autora finalmente establece que aquel fue un mundo mucho más amplio que el de Dickens y la Reina Victoria, en el que imperaba la pobreza, los vagabundos y la misoginia. Estas cinco mujeres murieron porque estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado, pero su mayor desgracia fue haber nacido mujeres. Ahora, en esta narración devastadora de aquellas cinco vidas, la historiadora Hallie Rubenhold finalmente pone las cosas en claro, y les devuelve a estas mujeres su historia.

# Índice de contenido

## [Cubierta](#)

## [Las cinco mujeres](#)

## [Introducción. Historia de dos ciudades](#)

## [Parte I. Polly](#)

### [1. La hija del herrero](#)

### [2. Los respetables de Peabody](#)

### [3. Una vida desordenada](#)

### [4. «Criatura sin hogar»](#)

## [Parte II. Annie](#)

### [5. Soldados y sirvientas](#)

### [6. La señora Chapman](#)

### [7. El demonio de la bebida](#)

### [8. Annie, <i>la Oscura</i>](#)

## [Parte III. Elizabeth](#)

### [9. La chica de Torslanda](#)

### [10. Allmän Kvinna 97](#)

### [11. La inmigrante](#)

### [12. Liz, <i>la Larga</i>](#)

## [Parte IV. Kate](#)

### [13. Siete hermanas](#)

### [14. La balada de Kate y Tom](#)

### [15. La guardiana de su hermana](#)

### [16. «Nada»](#)

## [Parte V. Mary Jane](#)

### [17. Marie Janette](#)

### [18. La vida alegre](#)

## [CONCLUSIÓN «Nada más que prostitutas»](#)

## [Una vida en objetos](#)

## [Polly](#)

## [Annie](#)

## [Elizabeth](#)

## [Kate](#)

[Agradecimientos](#)

[Bibliografía](#)

[FUENTES PRINCIPALES](#)

[ABREVIATURAS](#)

[PUBLIC RECORDS OFFICE \(PRO\), KEW](#)

[LONDON METROPOLITAN ARCHIVES \(LMA\)](#)

[ARCHIVOS METROPOLITANOS DE INVESTIGACIÓN DE LONDRES](#)

[ARCHIVOS METROPOLITANOS DE LONDRES, ACCESO POR MEDIO DE ANCESTRY.COM](#)

[BERKSHIRE RECORD OFFICE](#)

[GÖTEBORG LANSARKIVET, GOTEMBURGO, SUECIA](#)

[BIBLIOTECA Y ARCHIVO DEL CONVENTO DE SAINT MARY THE VIRGIN, WANTAGE](#)

[CENTRO DE ARCHIVOS DE LA CITY OF WESTMINSTER](#)

[BIBLIOTECA Y ARCHIVO DEL AYUNTAMIENTO DE LONDRES](#)

[OFICINA DEL REGISTRO GENERAL \(GRO\)](#)

[TESTAMENTOS Y LEGITIMACIÓN \(\[www.gov.uk\]\(http://www.gov.uk\)\)](#)

[FUENTES SECUNDARIAS](#)

[LIBROS](#)

[REVISTAS](#)

[RECURSOS EN LÍNEA](#)

[\[British-history.ac.uk\]\(http://British-history.ac.uk\) \(historia británica en línea\)](#)

[\[Casebook.org/Disertaciones\]\(http://Casebook.org/Disertaciones\)](#)

[\[El Londres de Charles Booth\]\(#\)](#)

[\[Victorianweb.org\]\(http://Victorianweb.org\)](#)

[\[Sitio de recursos W. T. Stead\]\(#\)](#)

[\[Webs de la historia de Wolverhampton\]\(#\)](#)

[PERIÓDICOS Y REVISTAS CONTEMPORÁNEOS](#)

[Sobre la autora](#)

[Notas](#)

Polly, Annie, Elizabeth, Catherine y Mary Jane son famosas por lo mismo, aunque nunca se conocieron entre ellas. Eran de Fleet Street, Knightsbridge, Wolverhampton, Suecia y Gales. Compusieron baladas, regentaron cafeterías, vivieron en fincas, respiraron el polvo de la tinta de las imprentas y escaparon de traficantes de seres humanos.

Lo que sí tuvieron en común fue el año 1888. El año de sus asesinatos.

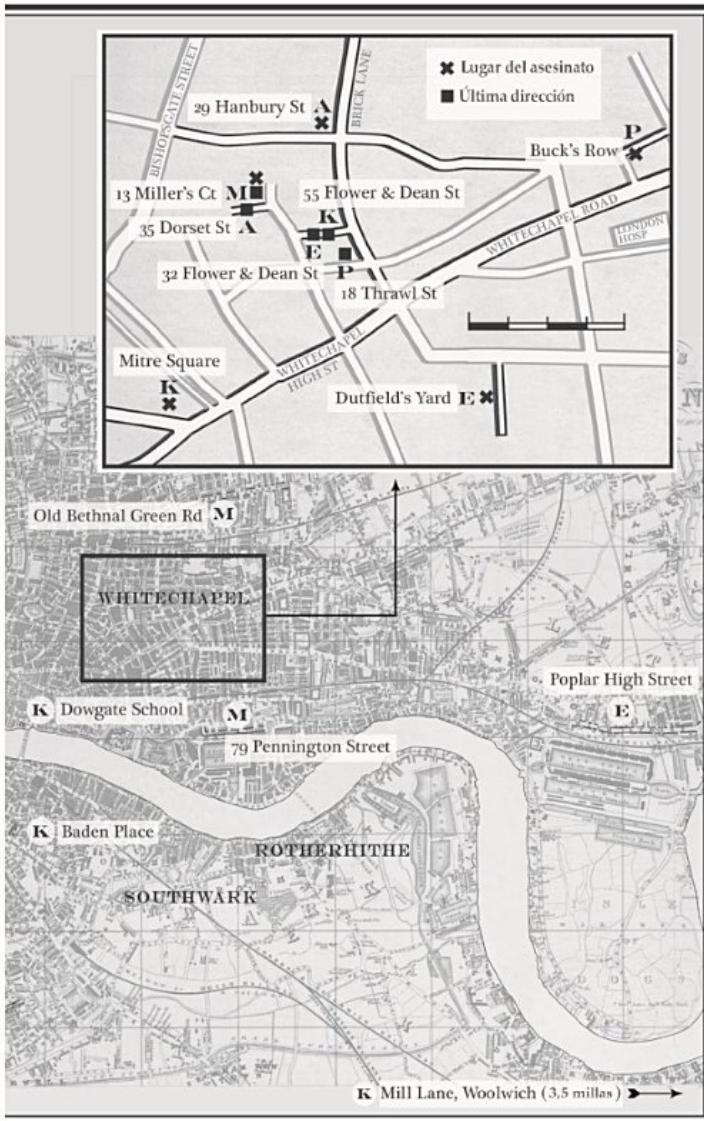
Su asesino jamás fue identificado, pero el nombre que creó la prensa para él ha llegado a ser mucho más famoso que el de cualquiera de estas cinco mujeres.

Ahora, en esta narración desoladora de esas cinco vidas, la historiadora Hallie Rubenhold finalmente pone las cosas en claro y devuelve a estas mujeres sus historias.

Para Mary Ann *Polly* Nichols, Annie Chapman,  
Elizabeth Stride, Catherine Eddowes y Mary  
Jane Kelly

Escribo por esas mujeres que no hablan, por las que no tienen voz porque estaban aterrorizadas, porque nos enseñan a temer al miedo más que a nosotras mismas. Nos han enseñado que el silencio nos salvará, pero no es así.

AUDRE LORDE





## INTRODUCCIÓN

## Historia de dos ciudades

Hay dos versiones de los hechos que tuvieron lugar en 1887. Una es muy conocida; la otra no.

La primera versión es la que aparece impresa en la mayoría de los libros de historia. Es la que quisieron recordar los que vivieron en la época, la versión que contaron a sus nietos con una sonrisa nostálgica. Es la historia de la reina Victoria y el verano de las celebraciones de su Jubileo de Oro. Cuando se coronó, apenas una adolescente. Medio siglo más tarde se había convertido en la personificación del imperio y se organizaron una serie de acontecimientos solemnes para conmemorar el hito. El 20 de junio, fecha en la que había subido al trono, se reunieron en Londres los reyes de Europa, príncipes indios, dignatarios y representantes de todos los rincones del imperio (hasta la reina hawaiana Liliuokalani). Los comerciantes del West End adornaron de rojo, blanco y azul sus escaparates. En cada oscuro edificio de piedra, podían verse estandartes reales y Union Jacks, tiras de flores y coloridas guirnaldas. Por la noche, las embajadas y los clubes, los hoteles y las instituciones de Saint James y Picadilly encendían las luces eléctricas y activaban los conductos de gas que iluminaban las coronas gigantes y las letras V y R adosadas a sus edificios. Los leales súbditos de su majestad acudieron al centro de la ciudad desde suburbios y barriadas; picaban sus billetes de tren en Kent y en Surrey, y se abrían paso por las atestadas calles, esperando ver siquiera fugazmente una carroza real o de al-

guna princesa cubierta de diamantes. Colocaban velas en las ventanas de sus casas cuando las luces de los largos atardeceres estivales se desvanecían, y brindaban a la salud de su monarca con cerveza, champán y clarete.

Hubo una ceremonia de acción de gracias en la abadía de Westminster, un banquete de Estado, una revista militar en Windsor e incluso una fiesta infantil en Hyde Park para dos mil quinientos niños y niñas que se divertieron viendo veinte títeres de Punch y Judy, ocho teatros de marionetas, ochenta y seis visores estereoscópicos, nueve grupos de perros, monos y ponis amaestrados, así como bandas de música, juguetes y «globos inflados con gas»; además, se les invitaba a tomar un refrigerio de limonada, pastel, empanadas, bollos y naranjas. Durante el verano hubo conciertos conmemorativos del jubileo, conferencias, representaciones, regatas, pícnicos, cenas e incluso una carrera de veleiros. Como el jubileo coincidió con la tradicional «temporada» londinense, también hubo fiestas y bailes en jardines. Las damas se vestían a la moda veraniega: vestidos con polisón rematados con encaje de seda blanca y negra, o de tonos albaricoque, heliotropo y azul gobelinos. Se celebró un majestuoso baile en el Guildhall, donde el príncipe y la princesa de Gales atendieron a sus importantes parientes, así como al príncipe de Persia, al nuncio papal, al príncipe de Siam y al marajá Holkar de Indore. Toda la alta sociedad bailaba bajo los banderines y guirnaldas de perfumadas flores. En los espejos brillaban las tiaras y los alfileres de corbata. Las jóvenes debutantes conocían a los muchachos adecuados. El vértigo de la vida victoriana giraba sin parar en torno a la soñadora melodía de un vals embriagador.

Y luego está la otra versión.

Esta es la historia de 1887 que la mayoría de la gente preferiría olvidar. Hasta hoy, muy pocos libros de historia la relatan, sorprendentemente poca gente sabe siquiera qué ocurrió. Sin embargo, en aquel año, esta historia llenó más

columnas de prensa que las descripciones de los desfiles reales, banquetes y fiestas juntos.

Aquel verano del jubileo había sido excepcionalmente cálido y seco. Los claros cielos azules que presidían los despreocupados pícnicos y las fiestas al aire libre habían marchitado la cosecha de frutas y habían secado los prados. Las restricciones de agua y la ausencia de trabajo agrícola temporero solo sirvieron para exacerbar la crisis de desempleo. Mientras los ricos disfrutaban del buen tiempo bajo sus sombrillas y a la sombra de los árboles de sus villas en el extrarradio, los sin techo y los pobres lo aprovechaban para crear un campamento al aire libre en Trafalgar Square. Muchos habían llegado al centro de la ciudad buscando trabajo en el mercado de Covent Garden, donde los londinenses compraban sus alimentos, pero la sequía implicaba que había menos ciruelas y peras que descargar. Sin dinero para pagarse un alojamiento, dormían al raso en la plaza cercana, donde se les unía una población creciente de desempleados y trabajadores sin hogar que preferían estar en la calle a enfrentarse a las condiciones deplorables y humillantes del asilo. Para horror de los observadores, se los podía ver haciendo sus abluciones matutinas y lavando sus ropas «infestadas de bichos» en las fuentes, justo debajo de las narices de lord Nelson, que los miraba desde lo alto de su columna. Cuando el otoño empezó a avanzar, lo mismo hicieron los socialistas, el Ejército de Salvación y diversas organizaciones de caridad, que les entregaban biblias, billetes de admisión en casas de acogida, café, té, pan y sopa. Se alzaron lonas para formar tiendas improvisadas; se dieron apasionados discursos diarios entre las garras de los gigantescos leones de bronce. La emoción, el sentido de comunidad y los refrigerios gratuitos hicieron aumentar el número de londinenses marginados, lo que atrajo a la policía, que a su vez atrajo a los periodistas. Estos paseaban por entre la zarrapastrosa población de la plaza recogiendo los

nombres y las historias de los por otro lado anónimos pobladores provisionales.

El «señor Ashville» se definía a sí mismo como «pintor y esmaltador de profesión». Llevaba sin trabajo doce meses, treinta y tres noches de las cuales se las había pasado durmiendo en el Embankment hasta que el tiempo se volvió demasiado frío y se trasladó a Trafalgar Square con la esperanza de que allí el tiempo fuera algo mejor. Abatido y visiblemente agotado por su experiencia, intentaba no perder la esperanza de encontrar trabajo.

La viuda de un soldado recorría Trafalgar Square vendiendo cerillas para mantener a su hijo, pero no siempre había vivido así. Después de no poder pagar el último plazo de su máquina de coser en alquiler con opción a compra, había perdido su medio de vida, y luego, la habitación a la que llamaba «hogar». Como sabía que si se iba al asilo la separarían de su hijo, le había parecido que pasar la noche en la plaza con él, los dos enroscados bajo su chal, era una posibilidad mejor<sup>[1]</sup>.

Una «pareja mayor» que nunca antes había tenido que enfrentarse a la adversidad se encontró durmiendo en uno de los bancos de piedra de la plaza<sup>[2]</sup>. El marido había trabajado como director musical en un teatro, pero había sufrido un accidente que lo había dejado impedido para trabajar. Sin ahorros, pronto empezaron a deber el alquiler y finalmente no les quedó otra que dormir bajo las estrellas. La idea de arrojarse a los brazos del asilo local resultaba demasiado vergonzosa como para pensar siquiera en ella.

Cientos de personas llegaban a Trafalgar Square para descansar sobre las piedras del pavimento, todos con historias parecidas que contar. Los agitadores políticos no tardaron mucho en darse cuenta de que aquella congregación de oprimidos estaba en su punto para convertirse en un ejército de descontentos sin nada que perder. Los londinenses se habían dado cuenta hacía mucho tiempo de que Trafalgar Square se encontraba en un eje entre el este y el

oeste de la ciudad, la línea divisoria entre ricos y pobres: una frontera artificial que, como los controles invisibles que mantenían sin voz a los desposeídos, podía romperse muy fácilmente. En 1887, la posibilidad de una revolución social resultaba terroríficamente cercana para algunos, pero no lo bastante para otros. En Trafalgar Square, los discursos diarios pronunciados por socialistas y reformistas como William Morris, Annie Besant, Eleanor Marx y George Bernard Shaw provocaron movilizaciones; los desfiles con cánticos y banderolas de miles de personas llenaban las calles y conducían inevitablemente a la violencia. La Policía Metropolitana y la Corte Suprema de Bow Street trabajaban a jornada completa para intentar contener a los manifestantes y vaciar la plaza de los que consideraban indigentes y agitadores; sin embargo, como ante una marea imparable, en cuanto los echaban, volvían de inmediato.

El error fatal llegó cuando, el 8 de noviembre, *sir Charles Warren*, el comisionado de la policía, prohibió todas las reuniones en Trafalgar Square. Aquellos que habían llegado a considerar ese punto del corazón de Londres como un lugar de encuentro para el hombre de a pie y foro para la acción política se lo tomaron como una declaración de guerra. Había una manifestación prevista para el 13 de ese mes. El pretexto era exigir la excarcelación de un miembro del Parlamento, el irlandés William O'Brien, pero las quejas expresadas por los manifestantes fueron mucho más allá de aquella «*cause célèbre*» particular. Más de cuarenta mil hombres y mujeres se reunieron para dejar claro qué opinaban. Los recibieron dos mil policías, así como la Guardia de Corps de la reina y los granaderos. Los enfrentamientos empezaron casi de inmediato y la policía cayó sobre los manifestantes con sus porras. A pesar de los ruegos para que la concentración se desarrollara de forma pacífica, muchos de los participantes habían venido equipados con tuberías de plomo, cuchillos, martillos y ladrillos; cuarenta manifestantes fueron detenidos; hubo más de doscientos

heridos en el tumulto y murieron dos personas por lo menos. Desgraciadamente, el Bloody Sunday o Domingo Sangriento, como llegó a ser conocido, no marcó el final de los conflictos. El ruido de los cristales rotos y los estallidos de rabia pública continuaron bien avanzado el año siguiente.

Por esos dos escenarios se movían dos mujeres cuyas vidas y muertes llegaron a definir el siglo XIX; una era Victoria, que dio nombre a la época: 1837-1901. La otra era una mujer sin hogar llamada Mary Ann, *Polly*, Nichols, que se contaba entre los acampados de Trafalgar Square aquel año. Contrariamente a la soberana, su identidad permaneció largo tiempo olvidada, aunque el mundo recordaría con mucha fascinación e incluso deleite el nombre de su asesino: Jack el Destripador.

Más o menos doce meses pasaron entre el Jubileo de Oro de la reina y el asesinato de Polly Nichols, el 31 de agosto de 1888. Ella iba a convertirse en la primera de las cinco víctimas «canónicas» de Jack el Destripador, o de aquellas cuyos asesinatos la policía determinó que habían sido cometidos por la misma mano en el barrio de Whitechapel, en el East End. Tras su asesinato se descubrió el cuerpo de Annie Chapman en un patio cercano a Hanbury Street, el 8 de septiembre. A primera hora de la mañana del día 30 de ese mismo mes, el Destripador consiguió golpear dos veces. En lo que llegó a ser conocido como «el doble hecho», acabó con las vidas de Elizabeth Stride, que fue encontrada en Durfield's Yard, junto a Berner Street, y de Catherine Eddowes, asesinada en Mitre Square. Tras una breve pausa en su racha de crímenes, cometió su última atrocidad el 9 de noviembre: una mutilación total del cuerpo de Mary Jane Kelly, mientras yacía en su cama en el número 13 de Miller's Court.

La brutalidad de los asesinatos de Whitechapel sorprendió a Londres y a todo el que leyera los periódicos. A todas las víctimas del Destripador les habían rebanado la garganta. Cuatro de las cinco fueron evisceradas. Con excepción

del último crimen, todas las demás muertes ocurrieron al aire libre, al amparo de la oscuridad. En cada caso, el asesino consiguió huir, sin dejar rastro alguno de su identidad. Como el barrio en el que ocurrieron los crímenes estaba tan densamente poblado, los ciudadanos de a pie, la prensa e incluso la policía pensaron que eso era algo verdaderamente notable. El Destripador siempre parecía ir un fantasmal y macabro paso por delante de las autoridades, lo que confería a los crímenes un aura terrorífica y casi sobrenatural.

La División H de la Policía Metropolitana, con base en Whitechapel, hizo lo que pudo con sus recursos, pero, como nunca se habían encontrado con un caso de asesinato de esa escala y magnitud, rápidamente se vieron sobrepasados. Se llevaron a cabo investigaciones casa por casa por toda la zona y se recogió y analizó una amplia variedad de material forense. La policía se vio asediada por declaraciones y cartas de gente que pretendía haber sido testigo, gente que ofrecía ayuda, y otros que eran simples cuentistas. En total, se entrevistó a más de dos mil personas, y más de trescientas fueron investigadas como posibles sospechosos. Incluso con la ayuda adicional de Scotland Yard y de la policía de la ciudad de Londres, nada de esto dio frutos. Mientras tanto, a medida que los policías escribían en sus cuadernos y seguían a posibles malhechores por oscuros callejones, el Destripador seguía matando.

Mientras el «otoño de terror» avanzaba, Whitechapel se llenó de periodistas ansiosos por excavar en aquella mina de oro del sensacionalismo con sus lápices bien afilados. La inevitable intrusión de la prensa entre la investigación policial en curso y una población del East End que vivía en estado máximo de alerta acabó siendo explosiva. En ausencia de cualquier información concluyente por parte de la policía, los periódicos estaban dispuestos a proporcionar sus propias teorías sobre el asesino y su *modus operandi*. Los periódicos volaban de los puestos y la caza de más contenido y mejores puntos de vista se convirtió en insaciable. In-